

UN GRITO UNÁNIME DE IMPUGNACIÓN AL RÉGIMEN

El modelo de desarrollo occidental y las formas de vida que lleva asociadas están suponiendo un desastre para el sostenimiento, a largo plazo, de las condiciones de subsistencia y reproducción de las personas y el medio a lo largo y ancho de todo el planeta. Se están minando las capacidades de las sociedades para reproducir las bases materiales y culturales que permiten cubrir las necesidades individuales y colectivas de manera adecuada. Esta negligencia continuada se agrava cíclicamente a través de las crisis recurrentes del capitalismo que, mediante la doctrina del choque, intenta poner al servicio de la acumulación de capital cada vez más esferas de la vida.

Este abuso continuado, sin embargo, es cada vez más evidente, y el descontento colectivo emerge desde diferentes puntos del planeta, con formas diferentes (y a menudo peligrosas), pero con un fondo común: la impugnación del régimen establecido.

En el fervor de este clamor compartido, sin embargo, nos encontramos con dos posiciones antagónicas: la del miedo y la de la esperanza. La del miedo, alimentada por la extrema derecha y los ultra-nacionalismos, que canalizan la indignación colectiva hacia todas las minorías, y que se empeñan en poner falsas separaciones entre una ciudadanía de pie, entre las clases populares. Y la de la esperanza, que busca señalar los verdaderos culpables de esta crisis permanente, y generar alianzas de base, entre la ciudadanía, y contra el 1% que nos ha llevado hasta esta situación: la gran mano (in)visible de los mercados financieros –y de las personas con nombres y apellidos ostentadoras del capital– dispuestas a lanzar ataques especulativos ante cualquier anomalía en el guión.

De hecho, las contradicciones del régimen capitalista neoliberal han sido de tal magnitud que hemos visto como la hegemonía del libre mercado temblaba desde el corazón mismo del sistema y a través de los discursos proteccionistas provenientes de la extrema derecha. Aquel final de la Historia proclamado con la caída del muro de Berlín (1989) presenta hoy, pues, profundas grietas que están abriendo el debate sobre el modelo de desarrollo más allá de la falsa dicotomía entre socialdemocracia liberal y neoliberalismo; los pilares que han sostenido, hasta ahora, las estructuras de poder. El gran reto es tener hoy la capacidad de proponer una alternativa a los marcos anteriores que se diferencie claramente de monstruos que emergen desde la extrema derecha, y convencer a nuestros conciudadanos de que la economía puede estar al servicio de y llevada por las personas.

EL RETO DEL RELATO COMPARTIDO Y MOVILIZADOR

El debate sobre la economía, esto es, sobre cómo orquestar los medios para la asignación de recursos que permitan una adecuada satisfacción de las necesidades de las personas a lo largo del tiempo, sigue moviéndose entre sus dos polaridades históricas: las tesis de la economía de mercado y las de la economía centralizada por el estado, es decir, el polo neoliberal y el polo socialista (y un gris socialdemócrata expresado por el neoliberalismo, desdibujado por la globalización financiera y la debilitación progresiva del estado keynesiano). Estas propuestas, sin embargo, ya no convencen a la multitud indignada: por un lado, el crédito para la economía de mercado domesticada por el Estado en un contexto de globalización financiera ha terminado, pero, por otra parte, tampoco las propuestas de profundización en el estado central como distribuidor de los recursos han demostrado que sean compatibles con la profundización democrática y la apropiación colectiva de los medios de producción (de hecho, existe un debate vivo sobre la concepción de lo "público" más allá del estado y las administraciones).

De cara a construir un relato compartido que se agrupe entorno a un proyecto socioeconómico transformador, es imprescindible abandonar esta dicotomía irreal, e imaginar y construir nuevas formas de satisfacción de necesidades y de articulación de la vida económica que no pasen sólo por los dos polos tradicionales (y que en gran medida pasa por hacer una lectura más amplia de la Historia o recuperar tradiciones olvidadas). Lo que empuja a pensar que esta inquietud es bastante compartida es la efervescencia de propuestas y prácticas económicas que se diferencian de los marcos mayoritarios: economía social y solidaria, economía colaborativa (procomún), economías feministas, decrecimiento, etc. Y no sólo hay que referirse a las propuestas con nombres y apellidos y que son, por tanto, etiquetables, sino también a aquellas experiencias de organización colectiva para la satisfacción de necesidades; iniciativas que están siendo básicas para el sostenimiento de las necesidades de las personas, que operan a menudo fuera del radar de la economía convencional y bajo formas de autoorganización comunitaria. También podemos interpretar la aparición de nuevos conceptos como la economía circular y la emprendeduría y la innovación social como intentos para paliar o suavizar las aristas del marco neoliberal.

El hecho es que tenemos hoy sobre la mesa un rico mosaico de propuestas de transformación socioeconómica que intentan –en diferentes grados y medidas– trascender los marcos tradicionales, pero que, con su dispersión y falta de relato común no permiten llegar a las mayorías sociales con un mensaje claro y atractivo¹. Es imprescindible proponer una alternativa plural, y hacer visible este mosaico de economías transformadoras como un todo, que nos permita ir más allá de la posición marginal que ahora ocupamos en el mostrador.

¹ Además, esta efervescencia de propuestas es especialmente relevante en la ciudad de Barcelona, donde el sustrato cultural de fondo (vinculado al asociacionismo, la cooperación, la autoorganización y la movilización social) y una cierta receptividad institucional, favorecen y potencian la expansión de este universo de propuestas y prácticas.

¿QUÉ SON LAS ECONOMÍAS TRANSFORMADORAS?

Un primer reto es el nombre; cómo llamar a este conjunto de propuestas y prácticas sin caer en la creación de una nueva etiqueta? Nuevas economías, economías sociales, otras economías..., cualquier denominación será imprecisa por naturaleza, porque no se puede concentrar tanta diversidad en un solo término. Sin embargo, necesitamos un nombre al que referirnos y que sirva, como mínimo, para englobar conceptualmente las propuestas que queremos que se sientan llamadas. Por eso hemos escogido el término economías transformadoras.

Entendemos por economías transformadoras todas aquellas propuestas de reorganización socioeconómica que introducen puntos de crítica sobre el marco económico dominante y formulan propuestas de cambio socioeconómico –tanto en el ámbito teórico como con acciones prácticas–, que intentan transformar este marco y prevenir o paliar los efectos negativos que este genera. La divergencia fundamental respecto al marco económico capitalista se plasma en dos grandes ejes, que deberían ser la base del relato común: la sostenibilidad de la vida (en relación con la naturaleza, con nuestros propios cuerpos y con nuestras comunidades) y la distribución igualitaria del poder (la organización democrática y sin ánimo de lucro de las diferentes fórmulas en que organizamos los sistemas productivos), rompiendo las estructuras y cultura del poder establecida en el orden económico actual.

UNA PROPUESTA ENFOCADA A LAS NECESIDADES

El primer ejercicio que hay que hacer para romper el marco económico dominante es, precisamente, ampliar lo que entra dentro del reino de la economía, desbancando indicadores tanto imprecisos y simplistas como el Producto Interior Bruto y la creación de empleo. Hay que situar la asignación de recursos y la satisfacción de necesidades en un marco complejo de interdependencias entre procesos sociales, ecológicos, políticos y culturales. La propuesta de Cristina Carrasco y Enric Tello (2013) de sistema socioeconómico como cadena de sostenimiento de necesidades, sintetiza esta idea:

El funcionamiento del sistema social depende de diferentes ámbitos estrechamente interconectados, estructurados bajo diferentes tipos de relaciones y con diferentes grados de dependencia entre ellos. Aunque las fronteras entre estos espacios son en general porosas y cambiantes, podemos identificar ciertos ámbitos diferentes donde se desarrolla nuestra vida en común como si fueran los diferentes eslabones de una cadena de sostenimiento. (...) tanto la teoría económica como buena parte de la historiografía han tendido a olvidar el papel sujetador vital que las comunidades, las unidades familiares domésticas y los sistemas naturales han seguido ejerciendo por debajo de los mercados y los Estados en todas las sociedades humanas conocidas hasta nuestros días. Así pues, sólo hay una manera operativa clara para poder pensar cómo satisfacer de manera sostenible las necesidades humanas del presente sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras: analizar la entera cadena de sostenimiento en la que estas necesidades surgen,

expresan, se satisfacen o se frustran a través de diferentes satisfactores y reglas de acceso.

Esta definición da algunas claves que nos alejan de los estrechos marcos del mercado y el Estado como asignadores de recursos para la resolución de necesidades. La primera aportación tiene que ver con cómo surgen, se expresan, se satisfacen o se frustran las necesidades en función de los satisfactores o reglas de acceso a las mismas. Hablar de necesidades nos sitúa en un terreno pantanoso, que se mueve, de nuevo, entre las polaridades históricas –donde el neoliberalismo dice que se debe priorizar una pretendida libertad individual absoluta y el socialismo le confía la definición y resolución al todopoderoso Estado– y las nuevas visiones que intentan encontrar grises que contengan la complejidad de la definición de qué es una necesidad, cómo se expresa y se satisface, y cómo se prioriza en la ascensión de necesidad individual a necesidad colectiva, y la relación que este proceso tiene con el empoderamiento colectivo y la profundización democrática.

Las propuestas de economía transformadora, de manera más o menos explícita, entran en este campo de batalla, especialmente desde el cuestionamiento de las finalidades del marco económico dominante, tanto en su expresión colectiva (crecimiento económico, lucro, captación de inversiones) como en las diferentes expresiones desde las individualidades (consumo diferencial, búsqueda de estatus, culto al trabajo). Así, por ejemplo, la economía basada en los comunes nos habla de enfocar la producción y reproducción económica en la construcción de procomún. El activismo desde los estilos de vida y el consumo consciente nos invita a cuestionarnos las necesidades desde la perspectiva individual. Las economías feministas hablan de poner la vida y las tareas de cuidados en el centro. El decrecimiento nos habla de olvidarnos del PIB como indicador de bienestar y enfocarnos en el buen vivir y los indicadores biofísicos. Cada movimiento aborda la cuestión del cambio de prioridades del sistema económico desde su relato, pero en todos subyace la idea de cuestionar la búsqueda de rendimiento económico y de incremento del PIB –y los mecanismos asociados– como objetivos fundamentales del sistema. La lectura de conjunto que es posible hacer es que, desde el grueso de las economías transformadoras, se habla de virar los esfuerzos y las prioridades hacia la resolución efectiva de las necesidades de las personas desde una mirada amplia sobre estas necesidades y sobre las maneras de satisfacerlas.

En cualquier caso, hablar de necesidades individuales y, sobre todo, colectivas, trasciende el reino de la economía y entra de lleno en el terreno político. Esto significa concebir la estructura y funcionamiento del sistema económico como consecuencia –y supeditado a– un debate político en torno a las necesidades colectivas, pero nunca al revés como ocurre ahora; que las necesidades colectivas son definidas por las dinámicas económicas. Desde un punto de vista práctico, este cambio de enfoque plantea retos en muchos ámbitos y en diferentes escalas, que algunos de los movimientos intentan abordar. Uno de estos retos tiene que ver con cómo medimos esta resolución efectiva de las necesidades humanas, lo que implica también entrar en la compleja tarea de definir las necesidades. Un segundo reto es el nivel de cultura democrática y de estructuras de participación necesarias para abordar de manera eficaz los debates entorno a determinadas decisiones que pueden condicionar la resolución

efectiva de necesidades (y de los potenciales conflictos sociales que pueden generar en el momento en que los poderes establecidos se sienten amenazados).

Lo que vemos, pues, es que este cambio de las prioridades del sistema económico tiene mucho que ver con la calidad democrática de la sociedad, o es directamente dependiente. La participación, el empoderamiento colectivo y el debate público para la definición de las necesidades colectivas y sus formas de resolverse debería ser un elemento intrínseco a la actividad económica, y constituir, por tanto, su eje de rotación.

HACER VISIBLE LAS CARAS OCULTAS DE LA ECONOMÍA

En el diagrama 1 se muestra una propuesta de cadena de sostenimiento de necesidades². En esta cadena encontramos diferentes eslabones situadas en la base del sistema productivo: la base del sostenimiento de necesidades son las economías de la vida, entendidas desde las capacidades y recursos que nos proporcionan tanto los sistemas naturales como el ámbito doméstico y comunitario (y que no están medidas desde una perspectiva económica convencional: en términos de PIB, renta, precios, etc). Hay una manera fácil de entenderlo: sin los recursos naturales y sin las tareas de cuidado y apoyo de la familia y la comunidad, no podría funcionar la economía pública ni mercantil. Por encima de las economías de la vida encontramos la economía productiva, entendida como aquel conjunto de actividades organizadas y desarrolladas en gran medida en base a la circulación de dinero, el trabajo remunerado y el consumo dinerario.



Diagrama 1. La cadena de sostenimiento de necesidades en un contexto de economía plural.

² Extraída del libro *Economías Transformadoras de Barcelona*.

La economía productiva la podemos dividir en tres segmentos:

- La economía pública, como conjunto de actividades e iniciativas económicas promovidas desde la Administración pública (propiedad del Estado, y gestión centralizada).
- La economía mercantil, por las experiencias promovidas desde la economía de mercado tradicional (propiedad privada, y gestión basada en la competencia);
- Las economías sociales-solidarias, por el conjunto de actividades e iniciativas que se diferencian claramente del marco dominante de economía de mercado competitiva y con ánimo de lucro (propiedad colectiva y gestión basada en la cooperación).

Por encima de todas: la economía financiera, siendo especialmente visible y hegemónica, en el sentido que ordena las otras a través de mecanismos de deuda externa y fondos de inversión. Si entendemos la pirámide como un iceberg, la economía financiera ocupa el lugar mediático y político más alto y más visible, aunque supone más una losa y, sobre todo, una invisibilización de las economías que mantienen a flote la sociedad.

LAS ECONOMÍAS DE LA VIDA

Si repasamos los diferentes sustratos que construyen las economías de este iceberg socioeconómico, en primer lugar, apoyándonos en el trabajo realizado desde la economía ecológica y el movimiento por el decrecimiento, es importante situar los límites biofísicos que rodean la actividad económica, entendidos como el conjunto de sistemas naturales que garantizan el abastecimiento de recursos naturales dentro del sistema productivo, así como la regulación de residuos que el sistema genera y otros servicios ambientales fundamentales (como la regulación del clima). La primera cara oculta que debería hacerse visible, pues, es la de los sistemas naturales que hay en la base del sistema económico, con sus flujos e intercambios constantes de materiales y energía con el funcionamiento de la economía. La expresión más cercana de la interdependencia entre los sistemas naturales (y los recursos que proporcionan) y el sostenimiento de las necesidades de las personas es la alimentación y la producción agraria. Las comunidades y organizaciones agrupadas en torno a la lucha por la soberanía alimentaria y las prácticas agroecológicas son, de hecho, el principal movimiento de defensa de la tierra a nivel global y, por tanto, pieza fundamental en el mosaico de las economías transformadoras.

La segunda cara oculta, recogiendo las elaboraciones de la economía feminista, trata de hacer visibles todas las actividades y prácticas realizadas desde el ámbito doméstico que tienen como finalidad el cuidado de las personas a lo largo de su ciclo vital. Más concretamente, hace referencia a las atenciones afectivas y emocionales; cuidado directo a otras personas (especialmente las relaciones de dependencia física, como las personas mayores o a la infancia); la provisión de las precondiciones en que se realizan las tareas de cuidado (limpieza de la casa, compra y preparación de alimentos) y la gestión de las tareas de cuidado (coordinación de horarios, desplazamientos a centros educativos u otras instituciones, supervisión de los trabajos domésticos remunerados, entre otros). Generalmente, han sido las

mujeres las que han asumido estas tareas, mientras que los hombres, aunque las podían hacer, se centraban en el trabajo productivo remunerado en el mercado laboral, y así se configuraba la histórica división sexual del trabajo. Desde la economía feminista se considera que, siendo las tareas de cuidado la base fundamental para la reproducción de la vida y la garantía del bienestar, los objetivos económicos y sociales deberían enfocarse, en primera instancia, en estas, y relegar el trabajo mercantil productivo a un segundo término (Carrasco, 2014)³.

En tercer lugar, en una frontera difusa con el papel de la economía doméstica de cuidado, encontramos la infraestructura o vínculo comunitario, como tercer eslabón básico para la satisfacción de necesidades. Las relaciones de gratuidad y reciprocidad que operan cuando existen vínculos comunitarios son importantes a la hora de definir la capacidad de un individuo de prosperar en sociedad, y configuran una buena parte de lo que se denomina capital social. La calidad y cantidad de vínculos comunitarios varía mucho de una sociedad a la otra, pero es innegable que tiene un papel básico de sostenimiento de las necesidades humanas más allá de la economía productiva. Es en este eslabón donde podríamos situar muchos sistemas inspirados por la gestión tradicional de los comunes o las nuevas prácticas de cooperativismo urbano, que además, configuran nuevas visiones de lo público no necesariamente vinculado a la gestión por parte de la Administración. Los ejemplos históricos de gestión de los comunes, muestran, además, la interdependencia de la capacidad de satisfacción de necesidades de una comunidad, sus normas sociales y los recursos naturales, que conforman un todo indisociable. Estos ejemplos ponen de manifiesto que la capacidad de la economía de pervivir en el tiempo está ligada a la persistencia y adaptabilidad del vínculo comunitario (aunque el hecho de que se haga de una manera inclusiva y transformadora depende de los valores que unen y son comunes a la comunidad en cuestión).

Podemos decir pues que bajo la economía productiva se encuentran las economías de la vida (o reproductivas), esferas fundamentales de nuestra vida económica, que permiten la reproducción socioeconómica a lo largo del tiempo, pero que pasan desapercibidas por el radar de la medida económica convencional. La diferenciación entre productivas y reproductivas no siempre es fácil: una empresa cooperativa que ponga mucha atención a las tareas de cuidado, la conciliación y el apoyo mutuo entre las personas socias, a pesar de que se pueda situar en el ámbito de la economía productiva para su función de provisión de bienes y servicios, cumple un papel clave también en el sostenimiento de las condiciones de vida de sus miembros más allá del salario que les proporciona (en este caso, el salario sería el sostenimiento productivo, y el resto el sostenimiento reproductivo). También en el ámbito de la producción agroecológica en muchas comunidades rurales es prácticamente imposible disociar los límites entre la función productiva y la reproductiva de las mismas (podríamos decir que la vertiente productiva emerge cuando los excedentes productivos nos comercializan y se percibe una retribución económica, pero todo el trabajo de autoproducción se quedaría en la vertiente reproductiva). Aunque la diferenciación tiene un punto de artificial,

³ Según los datos de la Encuesta de Usos del Tiempo del periodo 2009-10, para sostener las condiciones de vida de la sociedad española, hacían falta 17 minutos diarios más de trabajo de cuidados domésticos que de trabajo de mercado. Margen que se amplía al considerar las tareas de mediación emocional o de acompañamiento familiar no medibles en tiempo.

nos es útil para señalar cómo la economía ecológica, la agroecología, la economía feminista y los comunes hacen aportaciones clave para entender que el sistema productivo se basa en una ingente cantidad de trabajo no remunerado o compensado de los ecosistemas, los hogares y las comunidades.

LAS ECONOMÍAS PRODUCTIVAS

Por encima de estos tres eslabones básicos que señala la figura 1, encontraríamos la economía productiva, tanto en sus polos históricamente visibles –la economía pública-estatal y la economía mercantil–, como en este tercer cajón donde se sitúan las experiencias intersticiales de producción-distribución-financiación-consumo. Este tercer cajón lo hemos llamado economía social y solidaria, ya que este es un movimiento fuertemente apoyado en las prácticas económicas profesionalizadas. De hecho, es desde la economía social y solidaria que hemos visto emerger en los últimos años –y con el 15M como punto de inflexión– gran cantidad de empresas e iniciativas prácticas de resolución de necesidades, capaces de articular mercados sociales en clave de solidaridad: grupos y cooperativas de consumo, redes de intercambio y monedas sociales, redes de producción colaborativa de bienes digitales, grupos de crianza y escuelas autogestionadas, un nuevo cooperativismo enfocado a la transformación social, plataformas cooperativas de provisión de electricidad verde, nuevos comunes urbanos en forma de huertos y centros sociales cooperativos, etc.

Cabe destacar también que las prácticas de ESS no se mueven en un espacio estanco sin interacción ni con el Estado ni con el mercado capitalista como espacios de satisfacción de necesidades: están en constante intercambio y relación. En relación a la economía pública y el papel del Estado, de hecho, la ESS parte en gran medida de un diagnóstico y un espacio de confrontación con el marco económico dominante compartido con la Economía Crítica⁴ y su análisis marxista de las relaciones de producción. Un debate vivo en el ámbito de las alternativas económicas es el de la re-invencción del papel del Estado en la satisfacción de necesidades, para garantizar una mayor apertura de las instituciones y la recuperación de soberanía popular. Desde estos debates se habla de contemplar la gestión de recursos públicos-comunes desde prácticas no estatales, por ejemplo. Desde el otro polo –el de la economía mercantil– también encontramos espacios de hibridación con la ESS. De hecho, la economía de mercado no es un todo homogéneo, sino que se puede observar una gradación desde las pequeñas y medianas empresas (y personas autónomas) responsables con arraigo en el territorio, hasta las grandes multinacionales que van y vienen a la búsqueda de los máximos rendimientos. Así pues, también hay un debate vivo sobre el papel de la pequeña empresa mercantil, especialmente cuando se trata de comercios locales, talleres industriales, agricultura, etc., y su rol como aliados en el camino de transformación de la economía.

⁴ Esta escuela de pensamiento, en Catalunya, está especialmente representada por el Seminario de Economía Crítica Taifa.

CAMINAR JUNTAS EL CAMINO DE LA TRANSFORMACIÓN

Retomando la mirada de conjunto de las diferentes economías transformadoras, podemos apreciar matices en su relato; vemos como tienen diferentes referencias ideológicas con las que hibridan su propio discurso. Así, en los grupos de crianza y en las iniciativas de facilitación y gestión de grupos vemos como sobresale el relato de la economía feminista y los cuidados; en las cooperativas de consumo y los proyectos agroecológicos el de la soberanía alimentaria; en las cooperativas de electricidad verde la soberanía energética; en el cooperativismo de trabajo y el asociacionismo urbano el de la economía social y solidaria; en los centros sociales y los huertos urbanos autogestionados el de los bienes comunes; en muchas experiencias neorurales de vida colectiva el del decrecimiento; en los proyectos de software libre y producción digital el de la economía colaborativa procomún ... Decimos, pues, que de cada una de ellas sobresale una idea central, pero que está hibridada con muchas otras en diferentes grados. Cada micro-experiencia aporta su pincelada en la construcción de este todo común que apunta a transformar de cepa a raíz el sistema económico. Existen cuatro movimientos de movimientos que, hibridando entre ellos y con otras propuestas, són el corazón del círculo virtuoso de las economías transformadoras:

- 1) La **economía social y solidaria**, con el comercio justo y las finanzas éticas, construidas sobre las bases del cooperativismo y la construcción de mercados sociales, hibridando la economía social tradicional con nuevas prácticas de autoorganización y democratización de la economía en todos los eslabones del ciclo económico, proveyendo bienes y servicios para la satisfacción de necesidades en vez del lucro.
- 2) La economía basada en los **comunes o procomún**, con sus tres grandes subfamilias: comunes urbanos, comunes naturales y comunes digitales. Comunes, como tercera vía en la manera de gestionar los recursos y producir valor, basada en la gestión comunitaria, rompiendo la dualidad estado-mercado como únicos espacios visibles y legitimados para la producción, gestión y asignación de recursos del sistema económico.
- 3) Las **economías feministas**, para desplazar los mercados y el capital como centro de la organización socioeconómica y situar la vida y todos los procesos que la hacen posible de manera sostenida, con especial importancia de la economía de los cuidados y el papel clave de la mujer y de los valores feminizados en estos procesos.
- 4) La **agroecología y el movimiento por la Soberanía Alimentaria**, con su papel clave en el replanteo del modelo agroalimentario como pieza básica para el sostenimiento de la vida, que es también el replanteamiento de nuestra relación con la Tierra y los ciclos naturales y que, por tanto, conecta su lucha con todas las luchas por la defensa de la tierra, encabezadas por el ecologismo social y movimientos como el Decrecimiento.

Las economías transformadoras proponen poner en el centro de la actividad económica la sostenibilidad de la vida desde lógicas organizativas y distributivas igualitarias. Por lo tanto, ya no sólo se trata de hacer visible las esferas invisibilizadas, sino de defender y situar en el centro de nuestra vida económica la sostenibilidad a largo plazo de los sistemas naturales, de las tareas de cuidado y de los vínculos comunitarios. Y hacerlo de manera que las formas que tome la organización económica se basen en una distribución igualitaria del poder y de los recursos y, por tanto, se enfoquen a la satisfacción de necesidades (en vez del lucro), y se haga desde de la gestión democrática y transparente.